

DESPUÉS DE VÍCTOR

Francisco Morán

Incubadora ediciones

Fidel Castro ha tenido apologistas de los tipos más variados. Deleznable todos, por la insistencia en el culto a la personalidad, característico de los regímenes totalitarios,¹ se caracterizan por elevar la figura del Líder –Máximo o Camarada– por encima de las vidas de los demás, de los otros, reducidos éstos a ser el mero soporte de la institucionalización del poder.

No hay uno solo de esos apologistas que, examinados de cerca, con atención, no terminen revelándonos el triste trabajo inflacionario por el que cobran un salario. Ellos, tan prestos siempre a etiquetar como “asalariados del

¹ Fascismo, Estalinismo, Maoísmo.

imperialismo” a todo desafío crítico, no importa dónde, son precisamente el ejemplo más palpable de la ideología mercenaria. En el caso de Castro, el nombre apropiado de ese mercenarismo, de la manifestación de esa alma cuartelaria, es el de *lamebotas*.

Pero incluso dentro de este amplio grupo hay que hacer ciertas distinciones. Digamos que los más destacados, los que no tenemos que buscar porque siempre están levantando la mano, y van al grano; esto es, directo a la pocilga, los encontramos casi a diario en *Juventud Rebelde*, *La Jiribilla*, *Tribuna de La Habana*, *Granma* (por supuesto). No vaya a pensarse, sin embargo, que haya algún coto de la cultura oficial donde no sean bienvenidos. Lo mismo da que sea un número de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, o de la *Gaceta de la UNIÓN*. Lo cierto es, sin embargo, que

mientras más barata es la publicación, más cabida tienen. En este sentido, *Granma* se lleva la palma, y ahí siempre encontraremos la firma compañera de Pedro de la Hoz. En su caso, como en tantos otros, la prosa es compañera de la baba. Acostumbrados a traquetear a Martí, se han hecho expertos en usar el mismo sistema de cambio con Fidel Castro: “La cuestión está en no encasillarlo en un rosario de lugares comunes ni frases hechas. Tal como entendió a José Martí, debemos entenderlo a él. A Martí lo puso a vivir nuevamente cuando asaltó al Moncada.”² ¿Ven qué fácil? ¿Cuánto tiempo creen ustedes que es necesario dedicar a tales sandeces? Casi parece una paráfrasis de “Celia y Tito:” “Ay, que si lo pongo a gozar, / Que si lo pongo a tocar.” *Cuando llegó al Moncada, Castro puso a Martí a vivir / ay que sí lo puso a vivir.*”

² Pedro de la Hoz. “Cómo nacer con él cada día.” *Granma*, 12 de agosto de 2020.
<http://www.granma.cu/cuba/2020-08-12/como-nacer-con-el-cada-dia-12-08-2020-22-08-42>

Lamebotas como De la Hoz y el Martillo se encuentran incluso, y dando el Máximo Ejemplo en la presidencia de la República Socialista Mediatizada, empezando por el mismísimo Miguel Díaz-Canel, quien brilló como nunca cuando tuvo la desfachatez de decirles a los cubanos que *el mejor homenaje* “a la monumental obra humana que nos legó [Castro] “*sería vencer el rebrote a golpes de disciplina y de cuidados*”³ (énfasis mío). Según esto, los cubanos deberían preocuparse por salvar sus vidas, no porque éstas sean valiosas en sí mismas, sino porque ellas existen en una especie de homenaje permanente a Fidel Castro. Díaz-Canel revela así el trasfondo siniestro de ese “socialismo salvador” empeñado en vencer *a golpes* al Covid-19. Lo que está en juego en la

³ Redacción digital de *Granma*: “Díaz-Canel: A la obra de Fidel debemos los éxitos que nos llevaron al control de la COVID-19,” 13 de agosto de 2020. Véase también: Presidencia de Cuba. “Díaz-Canel: Al rebrote de la COVID-19 también lo vamos a vencer,” Escambray, 14 de agosto, 2020, <http://www.escambray.cu/2020/diaz-canel-al-rebrote-de-la-covid-19-tambien-lo-vamos-a-vencer/>

salvación de los cubanos es, por encima de todo, la salvación del “prestigio” de la ideología.

El segundo tipo de lamebotas, el intelectual, es de otro talante. Si Díaz-Canel es el máximo ejemplo del primero, Roberto Fernández Retamar lo es del segundo. Aquí hay cabeza. La bota se lame igual, pero la escritura –hasta donde esto es posible– mantiene su dignidad. Lo que quiero decir, básicamente, es que vale la pena –y *pena*, *penita pena*– discutir y polemizar con Retamar. Se podrá no estar de acuerdo con él, pero hay que citarlo. ¿Qué sentido tiene discutir con Díaz-Canel? Es justamente porque Retamar sabe lo que hace, y lo hace bien, que hay que discutir con él. En este grupo debería haber también, pero no cabe, Víctor Fowler.

Fowler es un escritor, ampliamente conocido en y fuera de Cuba. Y no es, como sí lo fue Retamar, un

funcionario del Estado. Es por esto último que Retamar no solo no necesitaba justificar, sino que tenía naturalmente que profesar, y públicamente, su fidelismo. Fowler está en su derecho de ser también, si de verdad se lo cree él mismo, fidelista. Y si quiere escribir y lavar botas, es asunto suyo. Pero lavar, lamer la bota, e intentar hacer pasar esto por un ejercicio de pensamiento, en pose de pensador de Rodin, es pretender que sus lectores somos estúpidos. Sí, con Castro es posible, y además ya se hace necesario, pensarlo críticamente –sin fidelismo, ni fidelidad de ninguna clase–, de modo que no puedo acercarme a los entresijos de la intimidad de Fowler con el castrismo sin experimentar repulsión. Su intento, o la engañifa de querer “pensar” a Castro como fidelista, sugiere un vano intento por justificar un pensamiento y llenar un hueco, como si sintiera –consciente de sus

tejemanejes— que tiene que convencernos de está enfrascado en un trabajo intelectual cuando solo le está pasando el paño a la bota. Eso explica que haga un esfuerzo, más que notable, por crear profundidad donde hay un hueco, y perfumar con espíritu, cubrir piadosamente la peste. Mientras más rastrero es el asunto, más tiene que hacer por elevarse la prosa.

Y esta baba, hay que decirlo, ya ha dejado un largo rastro en la obra de Fowler.

El 22 de abril de 2017, Fowler publicó “Sin/Con Fidel,” encabezado por una cita de Derrida:

Lo que sigue se plantea como un ensayo en la noche -en el desconocimiento de lo que queda por venir-, una simple tentativa, pues, de analizar con alguna consecuencia un exordio como el siguiente: «Quisiera aprender a vivir. Por fin». Jacques Derrida, *Espectros de Marx*

Como hará textos posteriores, Fowler adopta sucesivamente la pose de un analista de los medios:

“El lamento por la muerte quedó *distribuido en tres grandes bloques: tres días de homenaje popular* ante las cenizas en la Plaza de la Revolución, seguidos de *un acto político masivo* en el lugar, en horario nocturno; *el viaje*, a todo lo largo del país, de una caravana militar con las cenizas del líder (oportunidad para repetir el homenaje en decenas de pueblos y ciudades); y, finalmente, *el recibimiento y entierro* de las cenizas en la ciudad de Santiago de Cuba” (énfasis mío)

La pose filosófica, teórica, profunda –coloreada, como se verá, de jesuitismo:

“*¿Cómo aprender a vivir? Por fin.*” Prestemos atención al hecho de que, a la pregunta fundamental, radical, el filósofo agrega (y esto, quizás, sea lo básico) la valoración sobre el tiempo: “por fin”. Como si después de

una larga cadena de pruebas y errores fuese posible arribar a un instante, “el instante”, en el que lo irreversible cristaliza. Así recuerdo que, en la gigantesca batalla de símbolos, *el Comandante tenía reservada una sorpresa*: la expresión de última voluntad en la cual pidió –además de la incineración–, ser enterrado en una tumba sin destaque alguno, así como que su nombre no sea empleado para dar nombre a escuelas, fábricas, calles u otro lugar público, ni sus fotografías colocadas en estos, ni construidas estatuas ni otro tipo de monumento para homenajearlo. *Cómo dijera José Martí, el gran héroe cubano, “sé desaparecer”* o a la manera de una salida borgeana, desaparecer detrás de la obra. Pero si así *el líder elige esconder su presencia detrás o debajo de sus ideas y su obra*, la decisión de la directiva de la Revolución cubana de grabar –en una pirámide de piedra justo a un lado de la

tumba de Fidel—, las oraciones del concepto “Revolución” según este lo definiera en el año 2002, no deja de ser una reverencia al monumento, *con todos los peligros de actitud formal que lo acompaña*” (énfasis mío).

Derrida, que obviamente ha sido arrastrado por la fuerza hasta Fidel Castro, no tenía nada que hacer en ese funeral, ni en el despliegue vergonzante de plañiderismo. Por eso, nada de lo que dice Fowler, lo que murmura o reza, tiene que ver con la cita de Derrida. Fidel Castro es el líder, el Comandante —la prosa se eleva en su definición mejor: el servilismo— que, como Martí, musita Fowler, *sabe desaparecer*. ¿Quién puede tragarse eso? ¿A quién sino a Fowler puede ocurrírsele semejante falacia? El hecho mismo de que no reconozca que la imagen de Fidel Castro coloniza la isla, más incluso que los sempiternos

bustos de Martí, es la mejor evidencia que Fowler podía darnos de estupidez o de mala fe. Y estúpido no es. Y no es estúpido por el risible gesto con que trata de tapar la mierda: “la decisión de la *directiva de la Revolución cubana* de grabar –en una pirámide de piedra justo a un lado de la tumba de Fidel–, las oraciones del concepto “Revolución” según este lo definiera en el año 2002, *no deja de ser una reverencia al monumento, con todos los peligros de actitud formal que lo acompaña*” (énfasis mío).” El dansoneo, el guataqueo vestido de seriedad, claman por la trompetilla.

No me detendré en otros textos fidelistas de Fowler que los lectores pueden intentar por su cuenta y riesgo.⁴ Pero sí terminaré comentando brevemente la última perla, engastada por supuesto en *La Jiribilla*: “Después de

⁴ Ver: Víctor Fowler: “Santiago de Cuba: la conversación imposible.” *La Jiribilla*, 29 abril-4 mayo, 2017.

Fidel.”⁵ El fidelismo fowleriano está en vías de alcanzar su definición mejor. Uno puede anticipar los títulos que seguirán: “Antes de Fidel,” “Más allá de Fidel,” “Ni sin y con Fidel,” etc.

“Después de Fidel” está estructurado en 9 partes. Es todo un ensayo. Un ensayo mayor. Un Gran Ensayo, digno de la Gran Piedra en que reposan todas las glorias del mundo. Ese texto, todo, gira completamente en torno a una minucia: un papelito –de todos conocido– que Castro le envió a Celia Sánchez desde la Sierra Maestra:

“Sierra Maestra, Junio 5-58 Celia: Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que este va a ser mi destino verdadero.”

⁵ Reproducido también en *Cinereverso*, 2020.

Si Fowler escribió un ensayo con ese papel, imagínense lo que les espera cuando meta mano a *La Historia me absolverá*. Eso será más adelante, porque aquí él se da a la tarea de cristalizar el trasto ya mencionado:

“Cuando un episodio es conocido es necesario *regresar* a él o, quizás, sospechar de la seguridad con la que lo recordamos o asimilamos alguna vez; *analizar, desmenuzarlo, proyectar* los elementos que lo integran contra algún telón de fondo para que —de nuevo— *comience a darnos sus significados*. ¿Cómo aproximarnos a lo que ya sabemos y qué nos tiene que ofrecer? Un hombre joven, el líder de un grupo rebelde, quien se encuentra en un remoto punto en la geografía montañosa del este de su país, envía una breve nota a su secretaria y colaboradora de confianza. El grado de cercanía entre ambos es tal que la nota revela un sentimiento privado, recóndito, íntimo que no solo empieza a formarse, sino que —en caso de ser comunicado al resto de la tropa, integrantes del movimiento o simpatizantes— tal vez habría espantado, confundido, decepcionado o movido a risa a varios de ellos” (énfasis mío)

El detritus castrista es cubierto, recubierto y encubierto amorosamente por el agua saturada de sal de la

prosa de Fowler empeñada en devolvérselo como un cristalito centelleante y deslumbrante:

“Hay diferencias enormes entre la *confesión íntima* y el *programa* o el *anuncio político*. La *primera* apela a la unión de secreto y lealtad; la *segunda* es concebida como acontecimiento público, busca eco, denuncia o presenta batalla, además de que desearía sumar adeptos. El *programa político* figura entre los documentos más cuidadosamente calculados, donde *cada palabra ha sido revisada mil veces e imaginada en sus efectos*; la *confesión* es territorio de las emociones, de lo que aún está siendo procesado, formado. Por eso, la sensación de estar asistiendo a un punto de *giro que emana* de la construcción “me doy cuenta”, en lugar de (por ejemplo) “estoy convencido” o “confirmando que”.”

Demudado ante el enigma filosófico de ese papelito, Fowler se troca en palabrería pura. Estamos ante la palabra embelesada consigo misma, que quiere darnos gato por liebre. Lenguaje vacío montado sobre uno entre tantos de los hilos de baba del horror:

“*Frases*, un collage de frases que trazan un modelo de mundo, un sentido u orientación; la suma de palabras encadenadas durante décadas en un ejemplo formidable de pedagogía y política, marcadas ambas por *el ansia de totalidad* que lo mismo acciona en el universo de la infancia que en los territorios de la ciencia y la técnica; en la práctica del deporte tanto como en las políticas de movilización social, los escenarios internacionales, la interpretación del pasado...”

Fowler saliva para cubrir el rastro de otra saliva. Su propio lenguaje se revela aquí como un balbuceo, que lo único que muestra es el apego, la servidumbre a la bota y al uniforme. Los editores de *La Jiribilla* ilustraron inteligentemente la prosa de Fowler con varias imágenes de Castro elevándose sobre todos y sobre todo. Al pie de una de ellas, la cita de fowleresca: “Después de la muerte de Fidel, de *la lamentación*, de *la celebración de memoria*, *toda esa enormidad discursiva* constituye un archivo abierto y necesitado de estudio, investigación y confrontación creativa” (énfasis mío)

“Celebración de memoria” imagino que quiere decir celebración *aprendida de memoria*, y fascinación con la “enormidad” de un totalitarismo que se celebra aquí sin el más mínimo asomo de pudor.

Víctor Fowler no tenía necesidad de ponerse al servicio de esa bota. Es su elección. Lo que escribió no les será de gran uso a la mayor parte de los fidelistas que pensarán que se la quiso de dar de ilustrado escribiendo algo que la mayoría de ellos –ni nosotros– pueden comprender. ¿Para *quién* es eso, pues? ¿Y *para qué*? Quizá pueda ser útil para llegar a lo más alto de la UNEAC, pues ofrece un tapujo bien balanceado de vacío intelectual y político con una prosa hojosa que pasa, o quiere pasar por profunda. Tal vez el comienzo de un estilo renovador, algo así como un *tojosismo fidelista*. En cualquier caso,

después de *Fidel, Víctor*; después del *Castrismo*, el *Fowlerismo*. De cualquier manera, Fowler no será olvidado por haber iniciado entre nosotros la lectura del fidelismo a lo Derrida.

Cuando Damaris Calderón escribió este magnífico verso, no podía imaginar lo bien que habría de venirle a Víctor Fowler. Pero aquí está, como acabado de escribir, para ser encasquetado en la edición de la obra fidelista de Fowler:

“Un gusanillo esteta”

"la babosa proclama (...) que andar por este mundo significa ir dejando pedazos de uno mismo en el viaje".

José Emilio Pacheco.

Me celebro, me canto y me detesto como a nadie a mí mismo. A los quince años hubiera matado. A los dieciséis me habría picado las venas. Ahora en dúctiles formas sublimo la cobardía, trazo un rastro para la posteridad que se borra implacablemente. Gusto pensar que alguna vez pude ser un pájaro, pero, es inútil negarlo, me arrastro. De ahí comienza mi larga marcha, mi vuelo interminable a ras de tierra. Modesto Sísifo, yo también cargo con mi piedra desde mi nacimiento hasta la muerte. Devoro las plantas con una avidez casi metafísica. Mi palabra: un hilo de baba que imagino dorado. Despojado de la lírica, expulsado por siempre de la épica, no se me ha permitido otro acto heroico que morir bajo la única sombra que conozco: la brutal objetividad de una bota.